

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID

Pesetas.

Mes.	1
Trimestre.	2,50
Semestre.	5
Año.	10

PROVINCIAS

Tres meses.	3
Seis.	5,50
Año.	10
Extranjero y Ultramar. .	5 pesos

CORRESPONSALES

25 números de El Motín. .	2,50
Idem del Suplemento. .	0,75

NÚMERO DE EL MOTÍN

15 céntimos.



ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

Centro de suscripción.

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, D. José Pozo, calle del Obispo, 32.

NÚMERO DEL SUPLEMENTO

5 céntimos.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

EL CONFESOR PRIMERIZO

(APUNTES DE UN CURA JOVEN)

Falleció D. Ruperto, presbítero vecino mío, y pasado el novenario, Doña Natalia, ex-ama y única heredera del difunto, determinó sabiamente hacer dinero de sus muebles y libros.

A Doña Natalia le estorbaba lo negro, es decir, que no distinguía una *i* minúscula de una *R* mayúscula, y me pidió por favor que hiciera una lista de la biblioteca, y así lo verifiqué.

No era la colección muy numerosa ni selecta, pues sabida es la repugnancia que tienen los curas á gastar dinero en libros. Componíase de *Las Teologías* de Charnes y San Ligorio, la vetusta *Filosofía* de Soglia y un compendio de la *Summa* de Santo Tomás que debió haber servido á D. Ruperto de texto en sus mocedades, porque estaban llenas las márgenes de dibujos (vamos al decir), escolios, apostillas y chirigoterías de seminario.

Completaban la biblioteca una Biblia, tres ó cuatro repertorios de sermones, una docena de librerías místicas de bajo vuelo, unas cuantas colecciones de periódicos carlistas, y cuatrocientos noventa ejemplares (de quinientos que había impreso) de un folleto que contenía una disertación pronunciada por D. Ruperto en unas oposiciones que hizo á una canonjía de Coria; cargo que, según el ama, no había obtenido por una injusticia. Titulábase el librito: *De las veces que se menciona el número 7 en la Sagrada Escritura*.

Revolviendo un paquete de papeles particulares, encontré un cuaderno manuscrito de puño y letra del difunto, titulado *Apuntes íntimos*. Excitose mi curiosidad, y quise comprármelo á Doña Natalia; mas ésta me lo regaló, invitándome á que tomase cualquiera obra que quisiera; favor que rehusé por no tener afición á tales libros, que para mí son de caballerías... mayores.

Hojeando el susodicho cuaderno, pude convencerme de que su autor, que cuando yo le conocí calzaba bastantes puntos de *chifladura*, en su juventud había sido hombre de chispa y escrito con alguna facilidad.

Voy á reproducir uno de los capítulos del cuaderno, seguro de que su autor no ha de venir del otro mundo á pedirme cuentas de la violación de sus secretos.

Dice así:

«Á MI PRIMA EUGENIA

(APUNTES ÍNTIMOS)

«El día anterior había recibido las licencias para confesar y predicar, lo cual es decirte que estaba hecho un sacerdote hasta la pared de enfrente.

«Previo designación del párroco, ocupé el confesionario que se me había concedido, y, una vez en él,

esperé con impaciencia que se me presentara un penitente.

«Pasaron cinco minutos... diez... media hora... una... y nadie se acercaba. Entré tanto, veía con envidia cómo el reverendo Padre jesuita que tenía su confesonario enfrente, se veía asediado por docenas de beatas ricas, según su facha; viejas, según su fecha; y no pude por menos de exclamar: ¡Pero qué gancho tienen estos hijos de San Ignacio!

«Por fin, una penitente se acercó á mi confesonario. ¡Gran Dios! Era una patrona de cuya pupilería había salido yo hacía dos meses, y que, siendo excesivamente míope, no me conocí.

«Confesóme que mataba de hambre á sus huéspedes, cosa que sin gran dificultad creí, pues desgraciadamente lo había experimentado; y ¡no pude remediarlo! se me ocurrió una venganza, y fué imponerle como penitencia que aquel día diese á sus pupilos una superabundante comida, y que, por lo menos en un año, no emplease las chuletas transparentes, ni el chocolate de familias, ni los garbanzos de á doce.

«Con lágrimas en los ojos me prometió hacerlo; mas, por si se sintiera débil para cumplirlo, la amenacé con los eternos padecimientos del Infierno.

«La segunda penitente que se me acercó era una muchacha como de unos trece años, muy bonita (sin agraviarte), pero algo tonta, según comprenderás cuando te enteres del relato de su confesión. La pobre era una aldeana que por primera vez pisaba el suelo de la capital.

Arrodillóse, entonó el *Yo pecador*, y previo el consabido *¡Alabado sea Dios!*, se dispuso á confesar.

«Me confieso sola, padre — me dijo.

«¿Que te confiesas sola? Imposible.

«Quiero decir que no hace falta que usted me pregunte; yo le diré mis pecados, porque con el devocionario he aprendido á hacerlo.

«Bueno; pues empieza, hija mía.

«En el primer Mandamiento me acuso de no haber amado á Dios como merecía, por ser Él infinito y yo miserable criatura.

«¡Pero qué talento tiene esta muchacha! — exclamé mentalmente.

«En el segundo me acuso de haber dicho frases tales como *¡Tan cierto como la luz!* *¡Como Dios está en los Cielos!*, etc.

«Mucho me extrañó el final de la segunda acusación; mas ¿cuál no sería mi asombro al oír en los siguientes Mandamientos acusarse como una pecadora empedernida?

«Impiedades en el tercero, desobediencias y desacatos en el cuarto, horrores en el quinto, monstruosidades en el sexto; en fin, un cúmulo de enormidades.

«¡Jesús, hija mía! — dije. — ¡Tan joven y ya tan perversa! ¡Qué horror!

«Espere usted, Padre. Aún falta lo último. — Y continuó con gran serenidad terminando de este modo: — Este devocionario se vende á peseta en la librería de Tal, calle Cual, número tantos.

«Entonces lo comprendí todo. ¡Se había aprendido el libro al pie de la letra y había confesado todo cuanto contenía!

«Consumió el tercer turno en contra de sus pe-

cados y de mi paciencia una joven, casada, habladora á más no poder y que no me dejaba meter baza ni aun para dirigirle una exhortación. De buenas á primeras soltó el raudal de su palabra y dijo:

«Acúsome, Padre, que mi marido es miliciano. ¡Sí, señor, miliciano!... Y en todo el día no se le cae el nombre del Duque de la boca.

«Pero aquí ¿quién se confiesa, usted ó su marido?

«¡Ay, señor cura! Es que si yo no lo hago, el muy hereje no lo haría. Y la culpa de todo la tiene un vecino del segundo, que más le valiera ocuparse de su mujer, que es una... Pero allá se las hayan; cada uno en su casa y Dios en la de todos. Pues como iba diciendo, mi marido estaba suscrito á *La Iberia*. ¡Ve usted qué pecado! ¡Pero á buena parte venía! Á mí, que veo la hierba nacer, y corto un pelo en el aire, y el que me compre como tonta pierde dinero en el trato...

«Pero, señora! ¡Por Dios! Se nos va á pasar la mañana sin que haya usted empezado á confesarse.

«Pues como le iba diciendo, en cuanto el repartidor echaba el número, yo lo cogía y lo quemaba. Mi marido se quejó á la administración, y dimitieron al pobre hombre. Después el mío ha sabido lo que yo hacía, y ahora dejan el número en la portería, porque la portera es una mujer muy poco escrupulosa. ¡Como que ha sido verdulera y vendedora de trompetillas de á real y medio!...

«Tanto me mareó aquella buena mujer, que me quedé dormido. Ignoro cuánto tiempo se llevó charlando sola, pero debió ser mucho, porque me despertó el toque de las oraciones del medio día.

«Pues bien, hermana — le dije, restregándome los ojos. — En penitencia á todas esas culpas, le impongo la de que no vuelva á confesarse en un año.

«¿Y á mi marido? — me preguntó.

«A ése déjele usted, que bastante penitencia tiene, y bien le castiga Dios.

«Y se fué refunfuñando.

«¿Qué te parecen mis tres primeras confesandas? Si continúan presentándose así, me parece que no desgastará mucho el banquillo del confesonario tu primo — Ruperto».

Por la copia,

G. L.

EL SANTO ESTIÉRCOL

Más vale cagarrita de oveja, que bendición de obispo.
(Refrán popular).

El pueblo español no ha llegado, que yo sepa, á canonizar al estiércol, y, sin embargo, la santidad de éste es para mí más indiscutible que la de *San Bargamé* ó la del *Santo Pajares*, cuya apología hace el refrán diciendo de él que *se quemó el santo y quedó la paja*.

¿Por qué esta injusticia popular? ¿Por qué esta inconsecuencia en quien nos cita en sus producciones nada menos que al *Santo Cristo del Garrote* y á la *Santa Leña del Verbo Divino*? Pues probablemente por una razón muy sencilla: porque el pueblo, que llama burgueses á los pobres escritores, pongo por caso, que tenemos la debilidad de gastar un par de tercias inútiles de tela colgando de lo que sin este costoso y ridículo estrambote sería modestí-

sima chaqueta, es tan burgués y aún más burgués que nosotros mismos en cuanto se le presenta una ocasión, y participa aún más que nosotros de lo que él llama de *motu proprio*, ó porque así se lo han sugerido, preocupaciones burguesas.

El estiercol, dicen los eruditos, los filósofos á lo Pidal, y en una palabra, los hombres que tienen la modestia de llamarse á sí mismos serios y respetables; el estiercol, ¡oh, qué cosa más vil y más baja, más miserable, más digna de desprecio! Y el pueblo, que por sus refranes parece un *hombre* y por sus supersticiones parece un *niño*, se impresiona con estos y otros más duros calificativos, escucha embebecido la singular elocuencia de algunos sabios, vamos al decir, y se enamora de las bellezas de palabras tales como alma, espíritu, religiosidad, unidad nacional, integridad de la patria y demás *faros* con que le embelesan los oradores, los poetas de salón y cuantos se dedican al purísimo arte de excitar los sentimientos y la imaginación de las muchedumbres, pintándoles lo blanco negro y lo negro blanco, y dándole por liebre cada Marramaquí que tiembla el misterio. Los amantes de la literatura popular, con levita ó sin ella, tenemos ocasión de observar á cada paso este fenómeno verdaderamente singular: los hombres del pueblo miran con indiferencia, cuando no con desprecio, sus refranes, sus adivinanzas, sus coplas; en una palabra, tienen en tan poco sus *propias producciones*, que si uno se toma el trabajo de preguntárselas, ó se avergüenzan de decirlas, ó las ocultan maliciosamente creyendo que sólo pueden servir de motivo de bafa, mientras que escuchan con tamaña boca abierta un discurso á lo Castelar ó una oda á lo Núñez de Arce, sin tener en cuenta que los conceptos de aquel discurso ó los sentimientos de aquella oda los están expresando ellos todos los días, y muchas veces con más vigor y más castizamente, por calles y plazuelas, sin percatarse de ello. Es decir, que se mofan de los santos y á cualquier iluminado sirven de peana, y luego, como es natural, para desquitarse confunden bajo el nombre de burgueses, sin entrar en más disquisiciones ni reparos, á los que tienen la sinceridad de decirle: «Hombre, no seas así, y párate á distinguir y reflexiona que, aunque gasten levita, no es lo mismo para la defensa de tu causa un Sagasta que un Mendizábal».

Quiero decir con lo que voy diciendo, y claro se dice con lo dicho que no he logrado decirlo con la claridad que deseara, que una de dos: ó acabamos de una vez para siempre con los santos populares, ó me canonizáis al estiercol. El tiene, y hoy hablo con los lectores de este periódico, más títulos que nadie á vuestra canonización. Por él, los campos dan ciento por uno, y vuestro sudor fructifica en la tierra. Por él se abarata y mejora el pan con que alimentáis á vuestra familia; por él, que aumentando vuestras cosechas os permite una mejor alimentación, mejora vuestra salud, y con ella, ¡voto va el chápito! (y esto no es poesía), brota en las mejillas de vuestros hijos cada rosa que es una bendición de Dios el verlas. Por él, la Química y las artes industriales, de cuyo claro conocimiento os apartan con tanto empeño y habilidad los preconizadores de las excelencias y dignidad de vuestro espíritu, por él las industrias se multiplican y el trabajo aumenta, y vuestras condiciones sociales mejoran, no por arte de Berliquit Berloquite, ni momentánea y maravillosamente, y como la impaciencia de todos deseara, sino por modo lento y gradual, pero seguro é infalible.

Canonizad, por tanto, el estiercol, y canonizadle como vosotros debéis hacerlo, á Dios rogando y con el mazo dando; esto es, aprendiendo de la Ciencia, verdadero y único abono de la razón natural, de que debéis ser representantes, los métodos de mejorar y usar aquél; pensad que el santo por cuya canonización abogo, tiene, como el santo de más campanillas, formas infinitas y trajes variadísimos: el estiercol, *per accidens* y en sentido estricto, puede ser el producto de la elaboración de ese tubo de dos bocas que tan malhumorado y fuera de sus casillas ha puesto á Pidal; pero el estiercol *per se* no es simplemente para la Ciencia, ni para vosotros mismos, que llamáis al pie del dueño estiercol para la heredad, los residuos inasimilables de la digestión, sino todo lo que es abono para los campos.

El estiercol es más que esto: es el principal de vuestros santos, y el primero de vuestros mártires. ¿Quién más vilipendiado que él? Y, sin embargo, después de declarar su inmensa utilidad para los campos, el pueblo ha dicho: *Cuando no dan los campos, no lo han los santos*; con lo que prueba que él es el abastecedor de todos, y, por tanto, el más importante. Pero aún hay más: ningún santo muestra de modo más elocuente que el estiercol la participación que tiene en las propiedades que el pueblo atribuye á la Divinidad.

De Dios viene el bien, y de las abejas la miel.

Pues bien, ¿qué santo de ninguna religión del mundo ha hecho más beneficios á la humanidad que el santo estiercol? ¿Qué santo ha sido más ridiculizado por esos *verdaderos burgueses* que os vienen hablando todos los días de lo despreciable de la vil materia? ¿En dónde se prueba mejor el poder que atribuí á Dios de hacer el bien, que en el bien que á todos nos produce lo reputado por más inútil y despreciable?

La felicidad de los pueblos estriba muchas veces en una cosa al parecer tan baladí como redimir á una sola palabra del desprecio de los necios ó de los hipócritas. Enterados, antes de emitir vuestro fallo sobre la anómala pretensión de este artículo, si en los Estados-Unidos, en Suiza, en Bélgica, en Inglaterra, pueblos todos más cultos que nosotros, hay una sola persona seria y de mediana educación científica que se atreva á burlarse del estiercol. Antes al contrario, rindiéndole el culto de las obras, que es el más eficaz, os lo venden transformado en alcoholes y olorosas esencias, haciéndos pagar vuestra candoridad y el culto que rendís á una santa verdaderamente despreciable, á la *santa ignorancia*, que está enriqueciendo á tantos como dicen profesar la religión del que predicó la pobreza. Canonizad el estiercol si habéis de seguir teniendo santos: si no lo hacéis, pueblo soberano, procura que sea respetado como merece, pues tú mismo me has enseñado que *el estiercol no es santo, mas donde cae hace milagros*; y jamás á ninguno de tu seno se le ha ocurrido dudar de su eficacia, como dudaba, por ejemplo, de la de un San Sebastián de su pueblo aquel bribonazo de hortelano que cantaba:

En mi huerto te criaste;
naranjas nunca te ví:
los milagros que tú haces
que me los claven aquí.

A. MACHADO Y ALVAREZ.

COZ POÉTICA

¿Estáis de mal humor, amados lectores? Es posible, porque desde la Restauración acá todo Cristo está que echa las muelas, á no ser los saltimbanquis que la han explotado.

En tal supuesto, voy á distraeros un rato, haciéndos saborear la siguiente poesía (?) de un presbítero, leída en la Asociación de Josefinos Leoneses:

¡¡SI PODRÁ SAN JOSÉ!!!

CUENTO JOSEFINO

DEDICADO Á LA ASOCIACIÓN DE DEVOTOS DE SAN JOSÉ
ESTABLECIDA EN LEÓN

Al padre San José, dice una historia,
La paciencia tentó San Pedro un día,
Y fué el caso tan serio, que asegura
Que en el Cielo se armó una algarabía.
Cuéntase que un devoto josefino
Una vida tal cual llevado había,
Diciendo que, apoyado en su patrono,
En el Cielo de patas entraría.
De esta ilusoria idea del devoto
San Pedro algunas veces se reía.
Diciendo: Ya vendrás, pájaro cuco,
Y verás que tu idea es tontería.
En efecto; la muerte, que no cesa,
Le arrebató con fuerte apoplejía,
Y cuando él en morirse ni soñaba,
De ultratumba en la senda se veía.
Esta inmensa región cruzando luego,
Hacia el Cielo sus pasos dirigía,
Diciendo en sus adentros: Ya mi Santo
Que las puertas se me abran mandaría.
Mas ¡oh asombro! al llegar ve muy cerradas
Las puertas que él de par en par creía,
Y oyó que le dijeron: Ya ves, necio,
Que tu esperanza fué majadería...

Los estribos perdió nuestro devoto
Y en lágrimas convierte su alegría.
Pasa el llanto... Después cavila y dice:
—Aún podré yo salirme con la mía.—
Y ensanchando el pulmón grita y vocea:
¡José, José, José, esperanza mía!
¿Puede echarse del Cielo á aquel devoto
Que en tu amor y bondad siempre confía?
Y arremetiéndolo con sus pies la puerta,
Fuertes golpes en ella repetía,
Con tanta aplicación y buena gana,
Que hasta el dueño de casa los oía;
Quien no queriendo voces ni ruido
En la mansión de paz y de alegría,
Ordenó á San José que, pues le llaman,
Se fuese luego á ver qué sucedía.
Va José, y al llegar ve incomodado
A San Pedro, que está en la portería,
Diciendo á aquel devoto: Picaruelo,
Márchate, que estás negro todavía.

Entonces San José, con gran dulzura,
Al bendito San Pedro le decía,
Que no tomara á pechos el negocio,
Pues arreglarlo todo él prometía.

Y las puertas abriendo al que golpeaba,
Le pregunta: ¿Por qué tal ruido hacías?
¿Qué buscaba en aquellas soledades?
¿Y por qué le llamaba, y qué quería?
—¡Oh ilustre San José!—exclamó el devoto.—
Yo soy tu siervo fiel, que cada día
Invocabas tu nombre sacrosanto;
Yo soy quien tus ejemplos aprendía;
Yo soy quien en tus glorias se alegraba
Y en tus grandes dolores se dolía...
Sí, es verdad que he pecado algunas veces,
Es verdad que he hecho alguna picardía;
Pero ni han sido tantas ni tan gordas,
Que merezca licor de malvasía.
Por eso yo al morir, en ti confiando,
Al Palacio de Dios me dirigía;
Mas ese desgraciado de portero,
Erre que erre la puerta no me abría;
Y como de paciencia estoy *per istam*,
Me aventuré á tentar ver si podía
A puros puntapiés tirar la puerta,
O al Cielo alborotar mi gritería...
No bien hubo acabado su relato,
Oyó que San José á Pedro decía:
Que siendo el suplicante su devoto,
Le permitiera entrar, que él prometía
Dejarle desde luego sin defectos,
Pues desde aquel instante le cedía
Sus méritos sobrantes, con los cuales
De seguro el devoto quedaría
Más bello que las gotas del rocío,
Más limpio que lavado con lejía.

Mas San Pedro, á quien algo amostazado
Ya tanto matraqueo le tenía,
Sin esperar á más echó cerrojos,
Diciendo que á tal pillo no admitía;
Mas San José, que nada de cobarde
Ni tendrá, ni ha tenido, ni tenía,
Se propuso que el caso demostrara
Que en el Cielo era él quien más podía.
Y llegándose al trono del Eterno,
Su pretensión y causa así exponía:
—Dios inmortal, mandad se abra la puerta
A un alma que fué y es devota mía;
Que si algo á su limpieza le faltara,
Con mis méritos ya le sobraría.
—Muy bien está, José; si ser pudiera,
Tu deseo yo al punto atendería;
Pero no puede el alma recibirlos,
Que eso sólo en la Tierra lo podía.
Dile, pues, que se vaya al Purgatorio,
Que ya se le abrirán en mejor día.
—Perdonadme, Señor, porque hoy, hoy mismo
Quisiera yo salirme con la mía.
—José, no puede ser.

—Si ser no puede,
Del Cielo estoy demás... De ver sería
Que, despues de haber dicho mi Teresa
Que en el Cielo yo todo lo podía,
Hoy quedarán burlados mis deseos,
Demostrando que ya nada valía.
—Podrás marchar, mas pides imposibles;
Que si posible fuera, yo lo haría.
—Me marcharé; pero antes es preciso
Que recoja lo que es herencia mía.
Si donde va el esposo va la esposa,
Conmigo ha de venir también María.
Y si el hijo á los padres seguir debe,
Jesús ha de seguir mi compañía.
Y si en pos de su rey van los vasallos,
Vengan tras de Jesús Juan y Matías,
Pedro, Pablo, Tomás, Andrés, Mateo,
Tecla, Rosa, Teresa y Rosalía,
Sixto, Antonio, Anacleto, Ceferino,
Paula, Francisca, Bárbara y Lucía,
Isidoro, Gaspar, Miguel, Domingo,
Prudenciana, Adelaida, Estefanía,
Todos los santos que en el Cielo habitan
Desde el confín hasta la portería,
Pues siendo mi Jesús el rey de todos,
En el Cielo quedar mal estaría.

Y creyendo los santos que de veras
Ninguno iba á quedar de los que había,
Una zambra se armó y todos gritaban:
¡Que entre, que entre el devoto: pase usía!
Y Dios, por poner fin á la tragedia,
Al devoto franqueó la portería;
Y éste, al verse entre coros celestiales,
¡Viva! ¡viva José!! les repetía.
¡Viva José!! leoneses Josefinos,
Decid también vosotros á porfía,
Y os prometo que todos á la Gloria
De patitas iréis el mejor día.

ROBUSTIANO ANTÓN.

¿Os habéis reído ó no os habéis reído con ese cúmulo de disparates, de supersticiones, de impiedades y de *presbiteriadas*? (vulgo barbaridades).

¿Sí? Pues sólo me resta advertiros que el estólido que lo firma es nada menos que catedrático del Seminario de León, para que calculéis lo ilustrados que saldrán de sus manos los rucios que amaestre para el sacerdocio.

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

«En algunos pueblos de la provincia de Guipúzcoa las elecciones han sido sumamente refinadas, traba-

jando los curas de manera escandalosa, atemorizando á las gentes ingenuas con las iras del Infierno si no votaban á los candidatos carlistas.

Algunos curas pedían el voto, no para sus correligionarios carlistas, sino para Jesucristo, y, poniendo su imagen delante, decían á los timoratos: «¿Votarás á éste? Pues de no hacerlo, vas con el Diablo».

¿Qué mucho que, ante esos hechos, estén indignados los liberales, ufanos y soberbios los eternos enemigos de la paz de los pueblos, y de duelo los que sinceramente son católicos?»

Esto dice *La Voz de Guipúzcoa*; añadiendo que *Las Dominicales* y *El Morín* debemos estar satisfechos de los auxiliares que tenemos en algunos curas de aquella provincia.

A lo cual le contesto ingenuamente:

—¿Satisfechos? No. Eso es poco. Satisfechísimos. Mientras más escandalosos, procaces y bandoleros sean los curas, más justificada queda, y más mérito tiene, la ruda campaña que sostenemos por moralizarlos y traerlos al buen camino.

Al recibir un honrado ciudadano la circular que los curas de Madrid, como los de todas partes, han repartido para dejar tiritando las bolsas con motivo del próximo jubileo sacerdotal, contestóle al de San Martín, que era el de su parroquia:

«SEÑOR CURA PÁRROCO:

«Esta familia cristiana, de cuya adhesión al Papa León XIII no dudan (según su circular) las respetables personas que la firman, hace saber á esa santa Junta parroquial que, conociendo á muchos vecinos de esta misma parroquia á quienes les hace falta con urgencia un pedazo de pan, tiene por conveniente socorrer al necesitado antes que al opulento. Tomándose á la vez la libertad de aconsejar á ustedes que imiten en lo posible á sus atentos seguros servidores,

UNA FAMILIA CARITATIVA».

Con pocos ciudadanos de tan buen sentido, pronto el saqueo y los timos piadosos acabarían, y las innumerables pías de holgazanes de ambos sexos tendrían que tomar el olivo.

Desgraciadamente, aunque hay muchos que piensan así, son pocos los que se atreven á expresarlo. ¡Abundan tanto los cobardes, los cucos y los hipócritas!

¿Y qué mal hay en ello? Porque el hombre, digo, el cura, haldas en cinta, es decir, remangada la sotana, ayude á una linda joven en sus femeniles tareas, le haga la cama y limpie el polvo de su cuarto, ¿hay razón para criticarle?

Creo que da, por el contrario, una grandísima prueba de humildad, que es lástima no siga en lo tocante á no sufrir con paciencia que la chica tenga novio.

En cuanto á si el de las faldas prepara y cose á máquina las que usan las señoras, y da los santos óleos con la misma soltura que arma un polisón, hay que tener en cuenta que la vida es cara, y un solo oficio no da lo suficiente.

No tendría, pues, nada de extraño que el mejor día, en cualquiera calle, la de Lemus, por ejemplo, se leyera el siguiente rótulo:

«Fulano de Tal, modisto y sacerdote.

«Confecciona vestidos de señora y dice misas, con equidad y buen gusto».

—¿Quién va en aquel féretro que atraviesa las calles de Sevilla á galope tendido, sin clero ni cruz parroquial? ¿Algún impío, algún libre-pensador empedernido?

—No, sino el canónigo más antiguo de la catedral: D. Tomás Jiménez Blanco.

—¿Cómo así?

—Lo ignoro: sólo diré que *El Diario de Sevilla*, periódico católico por excelencia, después de calificar el acto de *altamente repugnante y escandaloso*, y de poner al cabildo como hoja de perejil, exclama entre entristecido y colérico:

«El canónigo más antiguo de la catedral de Sevilla, enterrado como aquel *Bartolomaeus, sine cruz, sine luz!*... ¡Buenos andan los tiempos, para que los primeros y más obligados á dar ejemplo edifiquen al pueblo cristiano con semejantes espectáculos!»

Todo esto prueba una de estas dos cosas, ó las dos á la vez: que los curas están convencidos de la inutilidad de sus mojigangas fúnebres, ó que llevan sus enemistades y sus venganzas hasta más allá de la tumba.

Que elijan.

Salió un cura de un juicio oral celebrado en Moncloa, y al regresar á su feligresía entró en una taberna que encontró al paso.

Comió y bebió, acabando por ponerse una monu-

mental papalina, y una vez en tan hermoso estado, propuso que cada uno de los concurrentes relatará un cuentecito verde.

Llególe el turno á la tabernera, y refirió uno tan picante, que al *pater* se le encandilaron los ojos de gusto, y dejándose llevar del entusiasmo se abrazó á ella y trató de...

Mas ¡ay! que no había contado con que el marido dormía en una estancia próxima, y que despertó á los gritos, y que salió, y que se lió á moquetes con su presbiterial persona, y ¡la mar!

¿Cuánto diera por saber quién fué el *curdófilo* y abofeteado *escarabajo*! Para ver si lo consigo, voy á escribir á Lavandeira, clérigo de Sante, por si tiene la suerte de averiguarlo, ya que por aquellas tierras ha ocurrido el hecho.

Al pie de la verja del Asilo de Santo Domingo (Málaga), cierta noche en que llovía á mares lloraba desesperadamente una joven de simpático aspecto, aunque demacrada y desfallecida, que apenas podía moverse; y como se acercara á auxiliarla un transeunte, oyó de sus labios esto:

«Cinco días estuve encerrada en un calabozo á pan y agua. Aquí suceden cosas que, por no transigir con ellas, me han valido castigo tan horrible... Transida de hambre y de frío, he podido burlar la vigilancia, y salvando mi encierro inquisitorial, he logrado subir al tejado de esa portería y arrojarle á la calle, lastimándome mucho con los hierros de esta verja... Yo necesito irme de este sitio y no puedo andar: me siento desfallecer... Quiero ir á mi tierra, á Granada; allí lo diré todo».

Socorrióla y albergóla aquel transeunte, y á la mañana siguiente marchó á Granada.

¿Que quién era aquella joven escapada de un calabozo? Pues una Hermana de la comunidad de San Juan de Dios, que presta sus servicios en aquel santo y misericordioso Asilo.

En las Palmas (Gran Canaria) hay un músico militar, cuyos tejidos son de marca nea, porque siempre está trabajando en las iglesias.

En una procesión iba presidiendo el *paso* que representa á *Jesús atado á la columna*, y como está acostumbrado á dirigir tropa, quería llevar á galope á los portadores de la imagen.

Tan imperativo se mostró con ellos, que el jefe de los mozos de cuerda místicos abandonó la carga, mandó á sus subordinados hacer lo mismo, y se dirigió al músico dispuesto á darle una tocata; lo que no verificó, merced á la intervención de un cura.

Y ya que de tan católico y filarmónico militar hablo, ¿se sabe si los músicos de su banda han percibido algo de lo que cobró para ellos por las cinco procesiones en que tocaron?

Pues hay quien asegura que tienen idea de haber visto al Rey de los Cielos, pero no al de España por la moneda.

Como los curas de Jaén están que trinan porque los frailes de la Merced han bajado el precio de las misas hasta una mísera peseta, *El Clarín*, periódico de aquella capital, les da este buen consejo:

«¿Quieren los curas desquitarse del *mal tercio* que les han jugado los frailes y hacer que éstos se den á Satanás? Pongan las misas á setenta y cinco céntimos de peseta.

¿Que los jesuitas las dicen por dos reales? Ellos á veinte céntimos.

Y estén seguros de que aquel que las diga gratis y además convide á los devotos, será el que indudablemente tenga más parroquia.

Y si de ello quieren convencerse, no tienen más que ver lo que sucede en la Pescadería, pongo por caso; que aquel que vende las sardinas más baratas, es á quien más el público le compra».

Bien dicho, á tiempo y con gracia.

¿Quién ha dicho que los curas no cumplen sus deberes de ciudadanos?

Aquí tienen ustedes á uno de Lizarza, que á trueque de ejercer de secretario en la mesa interina para las elecciones municipales, sufrió sin moverse del asiento la pena que le causaba ver que una mujer enferma pedía los Sacramentos y estaba á punto de irse al otro barrio sin ese místico pasaporte, por falta de presbítero que se lo extendiera.

Nada, no faltó á sus deberes de secretario ni por las exigencias de su piedad, aun sabiendo que su compañero no podía sustituirle en lo del Sacramento, por hallarse ocupado cantándose una misa.

—Sálvese el candidato aunque perezca la feligresía, y más vale un voto que un alma— debió decir para su sotana el tonsurado muñidor de elecciones.

El párroco de Vimianzo ha sido objeto de una brutal agresión durante las últimas elecciones.

Una legión de *zúls*, partidarios del cacique y ebrios de ron, que recorrió las calles blasfemando y provocando, sin encontrar persona en quien sa-

ciar su feroz instinto, encontró al sacerdote á la puerta de la casa rectoral, y, como amonestase á los que gritaban tales impiedades, le dieron de garrotazos, haciéndole rodar por tierra sin sentido y con la cabeza brotando abundante sangre.

Haciendo constar que los que la hazaña cometieron son católicos, apostólicos y romanos, que confiesan y comulgan por Pascua florida, he dicho cuanto se me ocurre sobre el caso.

El obispo prior de las Ordenes Militares ha estado en Madrid, y obtenido del Gobierno cuanto deseaba: tres mil duros anuales, por nueve años, para terminar las obras del seminario de Ciudad-Real; dos mil para decorado y mobiliario del palacio episcopal; autorización para vender la antigua casa-vicaría; una biblioteca para el seminario, y algunos cuadros del Museo para aquella catedral.

Como se ve, no se destina cantidad alguna á la extirpación de la langosta seglar, sino al desarrollo y regalo de la clerical.

¡Pobres pueblos los de esa provincia y los de todas, que no ven claro todavía, y continúan llevando en su pecho la culebra que los ahoga!

Con una *jumera* como un templo se presentó en uno dedicado á Baco en la calle del Príncipe, se sorbió media copa de aguardiente, declaró luego entre eructos y bostezos que no tenía cinco céntimos para pagarla y quiso dejar en prenda el pañuelo; pero éste, sucio como la conciencia de una beata, no fué admitido por el dependiente de la taberna.

Entonces el presbítero, que presbítero era el *curda* de que se trata, desabrochóse el uniforme místico y sacó un reloj de plata, que dijo volvería á recoger, sin que hasta la presente lo haya efectuado.

Habría quien crea que la vergüenza de presentarse donde en tal estado lo vieron, le ha impedido volver por su reloj; pero nótese bien que se trata de un cura, y por consiguiente, no debe ser ése el motivo.

Dice un periódico carcatólico de Orihuela, que un libre-pensador de una parroquia de la diócesis de Soissons (Francia) que acostumbraba á comer carne en Viernes Santo, compró el Miércoles ídem del año anterior las provisiones necesarias al efecto, y el mismo día por la noche le dió un mal terrible de garganta, del que falleció el Viernes á la hora en que había de celebrarse el sacrilego banquete.

No lo dudo, ni mucho menos, porque los pecados de los hombres excitan la ira del Dios bueno, justo y misericordioso, y á lo mejor ocurren sucesos como el siguiente, que copio de *La República* del día 13 del actual:

«En el momento que acababa el domingo de dirigir la divina palabra á sus feligreses el párroco de Luno (Viecaya), fué atacado de un accidente que le privó de la vida, en la misma cátedra sagrada».

Los republicanos y libre-pensadores de Godall han dirigido á Merino, *parroquidermo* de aquella población, una carta protestando de los insultos y amenazas que les dirige desde el púlpito, y demostrando que los que han hecho toda suerte de iniquidades en el pueblo, robos y asesinatos inclusive, son los católicos.

Tiempo perdido, pues de todo eso se reirá él. Lo que deben hacer es averiguar y decirme algo de su vida y milagros: por ejemplo, si tiene en casa una señora ó dos; si juega á los naipes toda ó parte de la noche; si hace ir alguna mujer del pueblo á su casa con fines *non sanctos*, etc.

Y le sentaré el palo en el costillar, en la seguridad de que le escocerá más que todas las quejas que den contra él.

¿Qué carta más tierna, más cariñosa y más humilde ha escrito el respetable párroco de Tabladillo á varios jóvenes de aquella feligresía que están en Madrid? Indudablemente es un cura modelo.

Es verdad que el pobrecito lo hace con el piadoso objeto de *bailarles* unos cuartos para alhajar y proveer de santos la nueva iglesia, según él.

Y cuando él lo dice, verdad será; pues no es creíble que los destinase á jugar al tresillo, ni á comprar galas á las tres mujeres que tiene en casa, especialmente á la simpática Rosita, que tan bien se jalea cuando él toca el acordeón para distraerse de las fatigas que le produce el trabajar media hora cada día.

El obispo de Tuy anda de visita estos días por las aldeas cercanas á Vigo.

En una de ellas, creo que en Bembibre, le ocurrió un percance lamentable.

Al pasar un riachuelo, el burro en que cabalgaba sin duda para imitar siquiera en esto á Jesu-

cristo, fué acometido de un vivísimo deseo de revolverse en el fango, y ¡allá va la episcopal carga!

Y á no ser porque una mujer ¡siempre ellas al quite en todos los lances y percances clericales! acudió oportunamente á sacarle de aquel lodazal, quién sabe si hubiera resultado con alguna avería; pues los que le acompañaban parece que no se dieron gran prisa para salvarle del peligro.

Si el obispo es integrista, posible es que el burro sea mestizo, y por esta razón le haya jugado tan mala pasada.

Viendo el Padre Ceferino, arzobispo de Sevilla, que la fe no andaba muy robusta en Guadalcanal, con el propósito de confortarla ha enviado allí una misión de nuevo género, pues no la componen frailes ni jesuitas, sino dos yuntas de *parroquidermos*, sacadas de los pueblos de Alanis, Cazalla, Constantina y Pedroso.

A pesar de haber sido á su entrada obsequiados con una ruidosa serenata de silbidos, no se muestran satisfechos del recibimiento, pues parece que en Guadalcanal se abren con más facilidad las bocas de los impíos para armar *bronca* que los bolsillos de los fieles.

Tendremos al corriente á nuestros lectores de los desperfectos que la cuadrilla clerical cause en la población, ó de los que le causen á ella. Que donde las dan las toman.

A los que tachan de intolerantes á los presbíteros, sírvales para convencerse de lo equivocados que están, el siguiente caso ocurrido hace poco en Ribadavia.

Murió un anticatólico furibundo y masón por añadidura, y murió como había vivido, sin debilidades ni arrepentimientos de última hora; á pesar de lo cual su viuda quiso que se le enterrase en sagrado y así se hizo, sin que los *grajos* pusieran inconveniente alguno.

Es verdad que en Ribadavia hay cementerio civil y podrían haber perdido los ochavos que les valiera el entierro.

Los curas tienen la sensibilidad en el bolsillo, y el temor de verle vacío los hace mansos como corderos.

La cofradía de la Virgen de los Llanos (Albaceete), compuesta en su gran mayoría de gente de campo, ó que en el campo tiene intereses, ha reunido diez y ocho mil reales para comprar unas andas nuevas á la Virgen.

Y dice un colega que con esa cantidad podrían haberse destruido en tiempo oportuno lo menos *tres mil* arrobos de canuto de langosta, es decir, haber dejado limpio del voraz insecto el campo de Albacete.

Tiene mucha razón; pero hoy las corrientes se inclinan hacia la protección á toda clase de plagas, y por eso engordan los curas y se centuplica la langosta.

Tres milagros patentes:

Cae un rayo, destroza la cadena del rosario que llevaba al cuello un vecino de San Félix de Besejos, y *espicha* de sus resultados el devoto.

Desde la cúpula de la iglesia parroquial de Utiel se cae un joven oficial de dorador, de diez y ocho años de edad, quedando muerto en el acto.

Al ir á encender un sacristán unas velas en el altar mayor de la catedral de Orense, se cae de la escalinata, fracturándose una pierna y alguna costilla.

¿Habrá impío que se atreva, en vista de estos casos milagrosos, á negar que la Providencia vela por los suyos?

Ni en el *trato*.

El *parroquán* de Pizarra preparó los bártulos el día de Viernes Santo á fin de que á un Crucifijo le deslajasen los brazos para que cayese en los de una Dolorosa cuando á él le conviniese.

Resultado del *martingala* piadoso: lágrimas, suspiros, desmayos, y después ¡como si lo viera! cuartos en abundancia.

Hay que convenir en que se trabajan bien todo lo que conduce á la merma de las bolsas de los fieles, y que no perdonan medio de desmentir al que dijo que su reino no era de este mundo.

Cuando de sacar dinero se trata, cada presbítero es un héroe.

Dígalo Guixot, el de Camuñas, que salió después de Cuaresma á bendecir las casas de los fieles, anunciando que al día siguiente volvería á pedir el *honzazo*, como así lo hizo, recogiendo una piara de gallinas y cuanto dinero pudo.

Me alegro, porque así podrá obsequiar bien á los tres ó cuatro mozalbetes que concurren diariamente á su casa; pues hay que advertir que este *pater* no tiene ama ni sobrina, y, para distraerse en su soledad, se rodea de muchachos guapos, sanotes é inocentes. Y...

Sesenta mil pesetas ha concedido el Gobierno á unos Padres jesuitas, en Asturias, para limpiar la Peña de Covadonga.

No es mucho: más sacan ellos por la tarea más fácil de ensuciar las conciencias.

Véase si no el libro, obra suya, *Moral Jesuítica*, ó sea *Controversias sobre el Santo Sacramento del Matrimonio*, que acabamos de publicar, y dígasenos cuántas almas castas habrán cubierto de lodo.

Dice un periódico que los asilados de la Casa de Misericordia de Málaga no se mudan de ropa interior hace *cinco* semanas, por carecer de prendas necesarias para sustituir las que se quitan.

Nunca han estado peor los pobres que ahora que hay tanto gandul y tanta gandula dedicados á pedir para ellos y comerse lo que para ellos les dan.

Anda por Torrelavega un fantasma que se parece á un cura.

Cargando una escopeta con granos de sal, disparando sobre él una noche, y fijándose al día siguiente en la parte que se rascan los presbíteros del pueblo, acaso se supiera quién es.

SERVICIO TELEGRÁFICO

San Martín de Juba. — Curiana niega comunión á vieja. Causas ignórolas.

— ¿Qué más causa que el estar ya inservible para el pecado simpático?

Hubiera sido joven, y á buen seguro que ni él ni cura alguno se negase á darle el pan de vida, á no ser que ella les hubiese negado alguna otra cosa.

Pizarra. — Parrodo vocifera contra maestro Rodríguez.

— En esto no hace más que cumplir uno de los cánones de la andante clerecía: el de perseguir al que difunde la luz de la verdad y prepara para entrar en los dominios de la ciencia.

CONSULTOR DE FELIGRESES

Villarieja (Madrid). — ¿Es censurable en un cura el prestar dinero á réditos?

— Si lleva menos del 100 por 100, sí.

— ¿Y albergarse en las tabernas cuando sale en excursión mística á los pueblos inmediatos al suyo?

— Si no se emborracha, sí.

— ¿Y jugarse á la brisca los cuartos con el primer ciudadano que se presenta?

— Si pierde, sí.

Los vicios y las malas cualidades, sólo deben censurarse en los curas cuando no sacan de ellos provecho alguno.

Buitrago de la Sierra. — ¿Podría usted decirme qué ha sido de aquella señora gruesa á quien el cura de este pueblo dispensaba entusiasmado su amistad, y si se llama Rufina la que hoy priva en su clerical ánimo?

— Ignoro el contenido de ambas preguntas.

Canencia. — ¿Sabe usted qué parentesco tiene el cura de este pueblo con una joven bien parecida que le sirve de ama, ni á qué fué ésta á la corte hace algún tiempo, regresando más pálida y adelgazada?

— No.

CORRESPONDENCIA MÍSTICO-PROFANA

Madrid. — B. S. — La persona á quien aludíamos no era músico, como usted lo es, sino presbítero; y por lo tanto, mal podía referirse á usted la *flor*, por más que el nombre fuese el mismo.

Almudécar. — Y. — No siendo usted suscriptor, y ocultando su firma, nos es imposible hacernos eco del suceso á que se refiere en su carta del 3 del actual.

Barcelona. — F. C. — Gracias por sus observaciones, que enviaremos al autor de *La Religión al alcance de todos*.

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

Nuestro colega profesional la *Revista de los Tribunales*, nos ha remitido el tomo 5.º de su *Jurisprudencia Administrativa*, que comprende todas las resoluciones publicadas en la *Gaceta* durante el año 1886, en cuya exposición se sigue el orden de materias, hallándose colocadas aquellas por el de fechas dentro de cada uno de los veinticinco grupos en que se hallan divididas, á saber: Administración general del Estado. — Administración provincial. — Administración municipal. — Elecciones. — Deuda pública. — Contribuciones é impuestos. —

Beneficencia. — Sanidad. — Sociedades. — Ferrocarriles. — Fomento de la población rural. — Servicio militar. — Funcionarios públicos. — Ejército y Armada. — Clases pasivas. — Contratos. — Abolición de la esclavitud. — Bienes nacionales. — Desamortización. — Aguas. — Minas. — Montes. — Obras públicas. — Puertos. — Expropiación forzosa. — Procedimientos.

En el próximo mes de Junio pondrá á la venta el Apéndice 5.º á su *Diccionario de Jurisprudencia en materia criminal*, que comprenderá todas las sentencias del Tribunal Supremo publicadas durante el año anterior, con lo que deja cumplido el compromiso contraído de poner al día la jurisprudencia en sus diversas secciones, sin dispendio alguno para sus suscritores, pues éstos reciben todos los tomos con sólo renovar la suscripción por el año.

En la Administración de dicha *Revista* se han puesto también á la venta al precio de una peseta los Programas de las materias que constituyen el examen de ingreso en el personal de la Inspección administrativa y mercantil de Ferrocarriles, y el Reglamento para el régimen interior de las secciones provinciales de Fomento.

Las Madres (El Marido), por Emile Richebourg. — Madrid, 1887, *Imprenta Popular*.

Hállase de venta en la Administración de EL MOTÍN, al precio de 1,50 pesetas, esta preciosa y conmovedora novela del eminente autor francés.

Prontuario Ortográfico, arreglado á la Gramática y Diccionario de la Real Academia de la Lengua, por Don Carlos de Juan y Hernández. — Madrid, 1887, *Imprenta Popular*.

Fácil y bonito método de aprender la Ortografía, con curiosos ejemplos que ayudan la comprensión, tabla de abreviaturas y vocabulario de voces dudosas, todo bien presentado en un elegante opúsculo de 78 páginas, que se vende al precio de 0,50 pesetas en la Administración de EL MOTÍN.

La Biblioteca X. ha publicado su tomo 3.º, al precio de setenta y cinco céntimos.

Se titula *Brochazos*, y contiene varios notables artículos y cuentos del renombrado escritor Tomás Camacho.

AVISO IMPORTANTE

Á LOS PERIÓDICOS Y EMPRESAS EDITORIALES

Los que quieran arruinarse, pueden servir los pedidos que les hagan los siguientes caballeros, á quienes no hay medio de sacarles un céntimo de lo que adeudan:

Lora del Río. — Antonio Villarejo.

Gerona. — Nicolás Garrigó.

Aguilas. — Ginés Simón.

Argel. — Julián Obera.

Miranda de Ebro. — Santiago Urbanegas.

Utrera. — Santiago Pérez.

Elche. — Jaime Valero.

Almería. — Francisco Peña.

Orán. — Fernando García del Pino.

A estos nombres seguirán los de otros que tenemos en cartera, si no liquidan pronto con esta Administración.

Ya que no cobremos lo que nos deben, haremos lo posible por que no estafen á nadie más.

OBRA NUEVA

BIBLIOTECA DE EL MOTÍN

MORAL JESUÍTICA

ó sea

CONTROVERSIA DEL SANTO SACRAMENTO DEL MATRIMONIO

SU AUTOR

TOMAS SÁNCHEZ (EL CORDOBÉS)

De la Sociedad de Jesús

Traducción del latín.

El día 3 se puso á la venta en las principales librerías esta obra, que, como presentámos, ha llamado poderosamente la atención.

Precio, cinco pesetas.

Los suscritores á EL MOTÍN la recibirán con el 25 por 100 de rebaja.

MADRID

IMPRENTA POPULAR, Á CARGO DE TOMÁS REY

4 — Plaza del Dos de Mayo — 4